



LILLY LUCAS

NUEVOS
Comienzos

 Planeta

LILLY LUCAS

NUEVOS COMIENZOS

Serie Green Valley 1

Traducción de María José Díez Pérez

Título original: *New Beginnings (Green Valley 1)*

© 2019, Knauer. Un sello de Verlagsgruppe Droemer Knauer GmbH & Co. KG, Múnich

Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30503-3

Depósito legal: B. 8.943-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Flores, globos, un cartel de bienvenida. Había tenido casi seis meses y un vuelo intercontinental para imaginar cómo empezaría mi nueva vida en Estados Unidos. Para lo que no estaba preparada era para verme completamente sola —sin flores, sin globos y sin cartel de bienvenida— en el vestíbulo de llegadas del Aeropuerto Internacional de Denver, ni para mantener una furiosa conversación con mi iPhone, que se hacía el muerto desde que habíamos aterrizado. Era casi como si quisiera decirme: «Sé que los dos queríamos hacer esto, pero no puedo».

Por lo que me pareció la centésima vez mis ojos escudriñaron el concurrido vestíbulo de llegadas, por el que carritos de equipaje pasaban por delante de los viajeros haciendo sonar la bocina y voces desconocidas hablaban a voz en cuello por los altavoces, pero de Jack, Amy y el pequeño Liam no había ni rastro. Aunque solo conocía a la familia Cooper de hablar por Skype y de unas cuantas fotografías, estaba segura de que sus rostros no me habrían pasado inadvertidos. Además, en la hora que había transcurrido no había visto a nadie que a todas luces estuviese

buscando a su *au-pair*. Mi nerviosismo inicial había dado paso a una gran tensión. ¿Se habrían olvidado de mí los Cooper? ¿Se les habría olvidado el día con el que yo llevaba soñando más de medio año? ¿Que me había imaginado con toda clase de colores y matices? Recordé nuestras videollamadas —la simpática risa de Jack, la cariñosa voz de Amy y los ojazos de Liam— e intenté reprimir el malestar que sentía.

Entre nosotros había habido tanta química desde el principio que había conseguido incluso que pasara por alto que Colorado no era California. Y eso que en realidad quería pasar mi año de *au-pair* en una metrópoli estadounidense, rodeada de rascacielos, Starbucks y centros comerciales. Había fantaseado con tocar las estrellas de Hollywood Boulevard, con volverme loca comprando en Macy's y con presenciar rodajes en Miami Beach. Tenía en mente los Estados Unidos de mis series preferidas cuando me había apuntado en la agencia, y no se desarrollaban en Green Valley, Colorado, o sea, el culo del mundo. Pero, para regocijo de mis padres, mi currículum solo le había gustado a una familia de granjeros de siete miembros de Oklahoma, a un matrimonio con trillizos de Idaho y a los Cooper, de Colorado.

—Dos de esos estados ni siquiera estaba seguro de que existieran —se pitorreó mi padre.

A mi madre, por su parte, no se le ocurrió nada mejor que consolarme diciendo que al menos en Colorado también se desarrollaba una famosa serie de televisión.

—Sabes que *Dinastía* se rodó antes de que ella naciera, ¿no? —repuso mi padre.

Con su risa burlona en la cabeza, eché una tensa ojeada a la pantalla del reloj digital luminoso que había sobre la tienda del Dunkin' Donuts y me puse a hacer cálculos. Mi avión había aterrizado hacía más de noventa minutos, así que explicaciones del tipo «hemos pillado mucho tráfico», «no encontrábamos aparcamiento» o «hemos salido tarde de casa» ya no entraban dentro de lo posible. Tal vez una avería. Sí, quizá los Cooper hubiesen sufrido una avería en el coche de camino al aeropuerto y ahora estuviesen intentando localizarme desesperadamente. Me saqué el iPhone del bolsillo y probé suerte de nuevo, pero la pantalla seguía negra. ¡Por qué tenía que dejarme tirada precisamente ahora aquel puñetero chisme!

Barajé mentalmente las opciones que tenía: volver a casa (¡demasiado dramática!), creer en la avería del coche y esperar (¡demasiado ingenua!), no creer en la avería y esperar (¡demasiado orgullosa!), ir por mi propia cuenta a Green Valley (¡muy independiente!). Cogí con resolución mi maleta y fui al mostrador de información, tras el que se encontraba una rubia con sonrisa de anuncio de dentífrico que, según su acreditación, se llamaba Christie. Así que le expuse mi dilema a Christie, que se compadeció de mí con un montón de vehementes «ohs» y «noes» antes de aconsejarme que tomara el Mountain Express hacia Vail. Eran dos horas escasas de trayecto, me explicó, y, por una propinilla, el conductor del autobús me dejaría en Green Valley, un lugar que era «*incredibly beautiful*». Así pues, me compré un billete de autobús que me costó casi cuarenta dólares —«*incredibly beautiful*» probablemente también significara «*incredibly expensive*»— y me dirigí hacia la parada.

Al salir, me recibió un tibio aire de septiembre. Debíamos de estar por lo menos a veinte grados y con mis botas Ugg forradas y mi plumífero rojo con el cuello de pelo, que me había comprado expresamente para las montañas, no cabía duda de que iba demasiado abrigada. Pero en las Montañas Rocosas seguro que haría más frío que aquí, en Denver; a fin de cuentas allí podía nevar incluso en aquella época del año. Montañas y nieve, suspiré para mis adentros. Todavía no me podía creer que precisamente yo hubiese acabado en aquel sitio. Yo, la chica de ciudad que no se podía dormir sin oír el traqueteo del cercano. Que para recorrer doscientos metros se subía al tranvía y tenía en Favoritos el número del servicio de taxis. A la que le hacía mucha más gracia un *skyline* resplandeciente que un paisaje montañoso nevado. Solo cabía esperar que todo aquello no resultara ser una grandísima metedura de pata.

Después de haber dormido casi todo el trayecto, me bajé algo hecha polvo del bus, que exhibía por doquier imágenes de montañas como recubiertas de azúcar con un indudable potencial para servir de salvapantallas. Puesto que, aparte de un grupo de franceses, yo era la única pasajera, el conductor, un hombre de pelo canoso llamado Ted, me dejó justo delante de la casa de los Cooper. Por suerte, recordé a tiempo que el nombre de la calle era el de un pájaro.

«Eagle Road», dijo, casi aburrido, Ted, que con su gorra de béisbol y sus zapatillas de deporte de Nike respondía a la imagen que uno suele tener del típico estadounidense.

Así que ahora me encontraba en Eagle Road, delante de una casa enorme, aislada, que era igual que en las fotografías que me habían enviado por correo electrónico Jack y Amy. Un camino de baldosas de piedra natural llevaba hasta una vivienda de madera de dos plantas con un porche delantero y una puerta pintada de rojo. La chimenea, de piedra, expulsaba humo al despejado cielo, que era de un azul radiante, y se extendía sobre pintorescas cumbres y abetos de un verde intenso. Esbocé una sonrisilla, ya que

no daba crédito. Aquellas vistas habrían podido servir para postales... o para publicaciones de Instagram, #sinfiltro. Era una pena que mi iPhone hubiese dejado de funcionar.

Cooper. El nombre del timbre cuadraba, constaté con alivio. Quizá todo saliera bien, al fin y al cabo. Sintiéndome optimista, me metí detrás de las orejas la melena rubia, que tras el largo viaje me notaba despeinada y lacia. Antes de aterrizar me había disimulado un poco las ojeras con maquillaje, si bien no podía ocultar que me habrían contratado de figurante sin problemas para *The Walking Dead*. Inspiré hondo y toqué el timbre mientras el pulso se me aceleraba. La última vez que me había sentido así había sido antes de hacer una entrevista para unas prácticas en una empresa emergente en Kreuzberg (para al final verme frente a un tío que era poco mayor que yo y llevaba una camiseta con una caca sonriente).

Al no obtener respuesta, llamé por segunda vez y agucé el oído, expectante. Nada. Moviendo una pierna con nerviosismo, llamé con los nudillos a la puerta de madera roja, primero tímidamente, después con más fuerza. Silencio. Mi humor cambió de repente. En cuestión de pocos segundos mi inquietud se tornó enfado. Llevaba en pie casi veinte horas, había cruzado medio mundo en avión, me había cansado de esperar en el aeropuerto y me había subido a un autobús durante dos horas para ir hasta el quinto pino. Estaba cansada, sudada y hambrienta. Y ahora ¿nadie me abría la puerta? ¡¿Nadie?! Furiosa, pegué el dedo índice al timbre y dejé que sonara unos segundos. Entonces, por fin, oí unos pasos cansinos que se acercaban por el otro lado de la puerta. Durante un instante el cora-

zón se me paró. Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Lo primero que vi fue el pecho de un hombre. El pecho desnudo de un hombre. Sorprendida, tardé unos segundos en mirar hacia arriba, recorriendo unos hombros anchos, una barba de tres días oscura, una boca que bostezaba y unos ojos que me observaban adormilados. ¿Se acababa de levantar de la cama? ¿A la —me miré el reloj de reojo— una de la tarde? ¿No era hoy lunes?

—No. No. Y no —gruñó, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Por acto reflejo metí el pie en medio y clavé la vista en él. Tenía más o menos mi edad, quizá me sacara un par de años.

—Que no, que no quiero comprar nada, ni me interesa suscribirme a nada; y no, no sé cómo se va a Alaska. —De nuevo fue a cerrar la puerta, pero yo estaba demasiado perpleja para mover el pie aunque solo fuese un centímetro. Para colmo, a mi trasnochado cerebro le costaba seguir su rapidísimo inglés.

—¿A... laska?

—Tienes pinta de querer ir allí —comentó con sorna mientras sus ojos repasaban mis botas Ugg, el plumífero y el cuello de pelo.

Las mejillas se me encendieron cuando fui consciente de que se estaba riendo de mí. Vale, era verdad que iba un poco ridícula, teniendo en cuenta que allí, en las Montañas Rocosas, todavía hacía el calor propio de finales del verano. Me había echado por encima el plumífero deprisa y corriendo cuando me había bajado del autobús. Ahora aquella prenda y aquel chico medio desnudo que tenía de-

lante hicieron que rompiera a sudar. Se estiró mientras bostezaba con ganas y durante uno o dos segundos no supe adónde mirar. Había demasiada piel desnuda en mi campo visual. Demasiado pecho, demasiado vientre, demasiado hueso de la cadera, demasiado... «¡Basta!», me ordené para mis adentros. Quería ver a Jack y Amy Cooper, un agradable matrimonio de treintañeros que tenía un hijo de cinco años. ¿Había sobreestimado Ted, el conductor del autobús, sus dotes de explorador? ¿Había acabado yo en Eagle Street cuando en realidad tendría que estar en Falcon Street? ¿En Hawk Road?

—Creo que me he equivocado de casa.

—Sí, eso mismo pienso yo cada mañana —farfulló, y se pasó la mano por aquel mentón que, a mi juicio, necesitaba urgentemente un afeitado. El chico apoyó la cadera con desenfado en el marco de la puerta y cruzó los brazos como si se le hubiese olvidado (o le diera completamente lo mismo) que solo llevaba puesto un pantalón de chándal. Por otra parte... con semejante torso, bien podía ser ese el caso. Terso, definido y...—. ¿No quieres sacar el móvil? ¿Para hacernos un selfi? —dijo, arrancándome del trance en el que me encontraba.

Sorprendida, desvié la mirada y noté que mi cara se convertía en una bombilla viva.

—Pues... esto... Yo lo que quería, quiero, es ir a casa de Jack y Amy..., los... Cooper.

¿Por qué de pronto el inglés me salía a trompicones? Miré nerviosamente el letrero del timbre, como si quisiera asegurarme de que seguía estando ahí, o de que alguna vez lo había estado.

—¿Los Cooper? Pero si se mudaron hace años.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?!

Bajo mis pies el suelo empezó a tambalearse. Durante un momento tuve la sensación de que iba a vomitar. Entonces el chico soltó una risotada. Con una voz grave, gutural. Su expresión me resultó desconcertante. Hacía dos segundos parecía que había tragado vinagre.

—Era broma. ¿Qué quieres de los Cooper?

Se me cruzaron los cables.

—Pues no ha tenido gracia —le espeté.

Su risa se volvió más descarada aún, lo que avivó el fuego que me ardía por dentro.

—Ya lo creo que sí, tendrías que haber visto la cara que has puesto. —Me escudriñó abiertamente—. A ver: ¿quién eres y qué quieres de los Cooper?

—Soy Lena... Lena.

«Lena Lena.» Ni yo misma podía explicarme por qué había dicho mi nombre primero en alemán y después en inglés, y lo mismo me sucedía con aquella situación tan absurda. ¿Quién quería cachondearse de mí? La monótona vibración de un móvil me hizo aguzar los oídos. Era imposible que fuese el mío, que seguía más muerto que vivo en mi mochila. Su mano se deslizó en el bolsillo del pantalón de chándal dado de sí y sacó un iPhone, el mismo modelo que el mío. «¡Suertudo!»

—¿Sí? —gruñó al cogerlo, y se apoyó de nuevo en el marco de la puerta, que dejó escapar un leve crujido—. Porque me he quedado sobado. —Puso los ojos en blanco—. Se me ha olvidado, pero se las ha arreglado ella solita.

—Me miró—. Deja de protestar, Jack. Al fin y al cabo está aquí. Sí... sí... un momento.

Me pasó el teléfono. De mi boca salió un torpe «¿Hola?».

—Hola, Lena. Soy Jack. Jack Cooper.

En mi cabeza sonó el *Aleluya* de Händel.

—Lena, no sabes cuánto sentimos no haber podido ir a buscarte. Espero que te llegara el mensaje que te mandamos. Tenías el móvil apagado y no hemos logrado localizarte. —Aunque su voz sonaba agitada, su inglés era claro y fácil de entender.

—Por desgracia no. El iPhone no me va desde que aterricé.

—Vaya... Pues entonces no ha podido salir todo peor. —Se oyó un profundo suspiro—. El padre de Amy ha tenido un accidente de coche. Nos vinimos a Kansas por la mañana temprano, por eso te dejé un mensaje en el buzón de voz.

Me pregunté a cuánta distancia estaría Kansas de Colorado. Ambos estados se hallaban en el Medio Oeste, si mis conocimientos de geografía no me engañaban.

—Todavía estamos esperando a que le hagan un reconocimiento médico, pero, en principio, estaremos de vuelta en Green Valley por la tarde —continuó—. Espero que no suponga mucho problema.

En cada una de sus frases se notaba que le remordía la conciencia, y la frustración que yo había sentido durante las últimas horas pasó un poco a un segundo plano.

—No, no, ningún problema —le aseguré.

—Hoy nada ha salido según lo previsto, la verdad. Ayer por la tarde Amy te hizo brownies y Liam pintó un cartel.

El corazón me dio un vuelco, y tuve que hacer un esfuerzo para no soltar un suspiro de alivio. No me había equivocado con los Cooper, y había una explicación lógica para todo aquel lío.

—Ah, Lena, otra cosa. —Se hizo una pausa funesta—. Sé que es mucho de golpe, y te lo explicaremos tranquilamente, pero el chico que hoy no ha ido a recogerte al aeropuerto es Ryan. Mi hermano pequeño.

«Ryan. Hermano.» Levanté la vista sorprendida y nuestras miradas se cruzaron. Ojos verdes. Tenía los ojos verdes. Y debía de ser por lo menos diez años menor que Jack.

—Ryan va a quedarse unas... semanas con nosotros.

«Semanas.» Tragué saliva y la sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció.

—De verdad que... no entraba dentro de nuestros planes. Pero no te preocupes, que en lo que a ti respecta no cambiará nada. En casa hay bastante sitio y no... en fin, no lo verás mucho. —Parecía cohibido, y no pude evitar que mis ojos volviesen al chico medio desnudo que estaba apoyado en el marco de la puerta, del que, a decir verdad, ya había visto demasiado.

—Vale —dije con voz ronca, y me obligué a sonreír como si el que tuviese frente a mí en ese momento fuera el propio Jack.

—Pásamelo un momento, por favor.

Le di el teléfono a Ryan sin decir palabra.

—Sí —gruñó—. Ya... ya... ya. —Me miró de soslayo un instante—. Desde luego que no.

Lo dijo con tal vehemencia que casi oí el subrayado, y decidí que no quería saber qué se estaban diciendo.

—Sí, hasta luego —dijo al teléfono—. Y, Jack... —de pronto su voz pareció suavizarse—, dale un abrazo a Amy.

Colgó, se volvió a meter el iPhone en el bolsillo del pantalón y me miró un instante sin saber qué hacer. Después esbozó una sonrisa falsa.

—Bueno, Lena Lena. Pues bienvenida a Colorado.